

cen por la hermosura de su tipo; ejercen los oficios de marineros y de mozos de cordel; cargan y descargan los barcos, y emplean en su trabajo la actividad y la fuerza que no se encuentran en las razas apáticas que los rodean; desempeñan, en una palabra, todos los oficios penosos que los demás desean.

Las mujeres tártaras abandonan poco su hogar, encontráseles raras veces en la calle, y van tan cubiertas, que es difícil ver en ellas otra cosa que un envoltorio de telas mas ó menos voluminosas.

Las armenias, menos agrestes, son mas elegantes y se presentan en público con la cara descubierta; su belleza es proverbial, pues han conservado, como las judías, el tipo primitivo, y recorren la ciudad cubiertas de pies á cabeza con un traje blanco, cuyos pliegues están dispuestos de modo que las asemejan á las estatuas antiguas.

Astrakan tiene el aspecto completamente oriental; las construcciones rusas, que consisten en vastos almacenes y en algunas casas, no han modificado notablemente el aspecto de la ciudad; las iglesias griegas, inclusa la catedral, no tienen el estilo oficial é invariable de los monumentos del mismo género en las demás ciudades rusas. Cuando se atraviesa el Volga y la vista se detiene en la ciudad y el puerto, con las numerosas embarcaciones que bogan por el rio, se disfruta de un espectáculo magnífico, que se parece mucho á los mas hermosos puntos del Bósforo.

Pocos dias antes de nuestra llegada, un vasto incendio devoró muchos almacenes y considerable número de buques de transporte, cuyas armazones, medio consumidas, sobrenadaban aun en medio de las demás embarcaciones.

El verano, que es muy riguroso, convierte á Astrakan en un desierto durante el dia, sobre todo si hace viento; la ciudad, situada al mediodía de los arenales, y cuyas calles nunca han sido empedradas, se ve envuelta en una nube de polvo caliente; durante la noche el calor se mitiga, los habitantes abandonan sus casas, y comienza la vida. Bajo un cielo magnífico, aquellos hombres indolentes salen á gozar del fresco, unos en las azoteas de las habitaciones tártaras, otros en las galerías que rodean las casas persas. Los europeos, es decir, los rusos y algunos alemanes, se pasean por las calles, por los muelles, por entre la población trabajadora, sentada, ó por mejor decir, tendida en los pórticos de las casas.

Un azote que en mayor ó menor grado se deja sentir en todos los paises cálidos, pero que en Astrakan domina enteramente, es la multitud de mosquitos, cínifes y otros insectos... demasiado amigos del hombre. Ni los mosquiteros mas espesos, ni la oscuridad mas completa pueden conjurar esta plaga, debiendo

atribuirse su formidable número á los terrenos pantanosos que rodean la ciudad y á la proximidad del rio.

Por esta razon, el invierno, aunque muy duro, es acogido con placer, y su duracion, que se prolonga un poco, es una garantía de tranquilidad respecto del verano que sigue.

Las mercancías del Oriente, que en otro tiempo llenaban sus almacenes, escasean bastante en la actualidad, esceptuando las termatamas de seda y las alfombras del Turquestan. Los barcos casi no cargan ya sino los productos de la pesca del Volga y del mar Caspio; los que bajan llevan madera destinada á la combustion, otras de construccion y mercancías rusas.

Los alrededores de Astrakan son famasos por su cultivo, pues los armenios son excelentes jardineros, frutos magníficos, pudiendo, especialmente la uva sostener la comparacion con las especies mas hermosas conocidas en la cuenca del Mediterráneo; no obstante, el vino que se hace con aquella uva no pasa de muy mediano. Los melones de Astrakan son de superior calidad, y se venden casi de balde; pero los indígenas prefieren los de Kerson ó Crimea, que compran á mayor precio, y que, sin embargo, valen menos.

El agua potable escasea terriblemente en aquella ciudad situada en medio de las aguas. Los brazos del Volga dan un líquido salado, á causa de su contacto con el mar Caspio; algunas cisternas surten la ciudad. Se ha tratado de abrir un pozo artesiano en una plaza; pero en lugar de agua se ha encontrado fuego, y tan gran trabajo ha producido un chorro de gas en vez de una fuente.

El gobernador de Astrakan tuvo la atencion de participar al príncipe Tumaine, hetmann de los kalmucos, que unos franceses recién llegados, deseaban visitarle. Un mensajero enviado por el príncipe vino á darnos la bienvenida y á decirnos que el príncipe queria dar una fiesta en nuestro obsequio, autorizándonos á hacer cuantas invitaciones quisiéramos.

Al mismo tiempo se nos hizo saber que éramos esperados en una pesquería situada entre el Volga y el mar Caspio, en una de las setenta y dos desembocaduras del rio.

Hémos aquí abrumados de invitaciones, sin contar una ceremonia de inauguracion de un nuevo portazgo, y de dos ó tres partidas de caza en las islas que nos rodeaban, porque estábamos precisamente en el momento del paso, y todos los dias veíamos bandadas de ánades procedentes del Norte, donde hacia ya mucho tiempo que caía la nieve, y acudían en busca de una temperatura mas benigna, las orillas del Caspio.

Entre tanto, visitamos la ciudad, y gracias al go-

bernador, fuimos hospedados en casa de un rico tártaro, que, menos rígido que sus conciudadanos, no tuvo inconveniente en admitirnos en su domicilio; lo cual era un gran favor, porque los tártaros no acostumbra ser afables con los cristianos.

Nuestro tártaro nos recibió rodeado de sus cuatro mujeres y diez niños, á quienes nuestra presencia contrariaba visiblemente. Aquellas damas, á pesar de las escasas simpatías que les inspirábamos, no des-cuidaron, sin embargo, presentarse ataviadas con sus mas vistosas galas; lo cual me estimuló á pedir el permiso de sacar el retrato de una de ellas, para llevarme una reproduccion de su hermoso traje.

Apenas mi dibujo empezó á caracterizarse, las otras tres mujeres, que seguían con gran atencion mi trabajo, prorrumpieron en un grito de admiracion al ver los variados colores estendidos sobre el papel. El entusiasmo se apoderó de ellas, y me pidieron otro retrato; lo que me obligó á ofrecerles que volvería á retratar á las otras dos, pues estaba resuelto á guardar los originales, lo que les causaba mucha pena. Las cuatro esposas de nuestro huésped y una princesa persa son las únicas musulmanas cuyo rostro y trajes me ha sido posible reproducir.

Nos trasladamos en un piróscifo á una pesquería situada en una de las desembocaduras del Volga.

Estos establecimientos son muy vastos; las habitaciones de los pescadores y otros empleados forman una poblacion compuesta de un centenar de casas. Su rasgo característico es una inmensa barrera practicada en uno de los brazos del rio, en donde la navegacion está interceptada. La circulacion de los barcos se verifica por una sola abertura. A lo largo de la orilla se estienden espaciosos edificios, que en su mayor parte están contruidos sobre estacas, y unas escaleras muy anchas bajan hasta el agua para facilitar el transporte de la pesca.

Los pescadores del Volga hablan con desprecio de los peces de pequeña especie que se salan y secan para llevarlos al interior del Imperio, y solo miran con entusiasmo el ictiocola, el esturion ordinario y el beluga. Cada pesquería está provista de barcos de diferentes dimensiones, con los cuales se puede navegar sin la ayuda de muchos burlaquís. No bien es cogido el pez se traslada al barco, para ser abierto y despojado de todo lo que hay en él de sucio ó inútil. A la espalda, en tierra firme, descuellan los edificios destinados á servir de almacenes, y cuyas pilas se estienden de un extremo al otro; en ellas se hace una fuerte salazon y se introducen los pescados, que se colocan á manera de capas, despues que se cubren de sal. Todos los espacios libres entre las pilas se rellenan de trozos de hielo, para impedir la putrefaccion.

Las pescas se verifican en primavera, otoño é in-

vierno: las de otoño son tenidas como las mejores, porque producen mas huevos de esturion.

Además de las redes hácese uno de un enorme aparato, compuesto de inmensos cables de 100 metros de longitud, á los que están sujetas unas cuerdas, provistas de anzuelos. Estos cables, atados unos á otros, se hallan fijos en el fondo del rio por medio de anclas, y se sostienen á flor de agua valiéndose de vigas: merced á estos aparatos gigantescos, cada anzuelo puede atraer un pez de 3 ó 4 metros.

Poco despues de nuestra llegada, muchos barcos fueron á examinar los cables, y en menos de una hora volvieron cargados con mas de un centenar de peces, algunos de los cuales tenían un tamaño descomunal, habiendo sido necesario mas de una barca para coger y conducir al mas voluminoso. Fijóse nuestra curiosidad en aquel monstruo, y decidimos seguirle.

Con mucho trabajo se consiguió subirlo á una sala amueblada con un centenar de cubetas; allí, despues de partírle la cabeza de un hachazo, se le abrió el vientre hasta la cola; luego se le estrajeron los huevos, las entrañas, la vejiga y el nervio dorsal, llamado *vesiga*, con el cual los rusos hacen pasteles que son para ellos un bocado exquisito.

Esta matanza duró un cuarto de hora; y antes de que el animal, lleno de vida galvánica, cesase de retorcerse convulsivamente, nos fueron servidos sus huevos.

Véase cómo se practica esta operacion. Tómase un tamiz de agujeros grandes para separar los huevos de las pieles y las venas; el conjunto de los huevos se sala en unas artesas, y se deja como tres cuartos de hora en la sal; se prensa en seguida en unos tamices para que escurra bien, y se aprieta ligeramente en barrilitos de madera blanca que se tapan con esmero.

Los huevos se salan cuando se destinan á la espor-tacion; pero si se quiere utilizarlos frescos, es preciso comerlos antes que trascurra mucho tiempo.

Los pescados pasan luego á los espaciosos almacenes á que muy bien se pudiera aplicar el nombre de *neveras*. Mantiéneseles en salazon por espacio de doce horas, y luego se trasportan en barcos á la Rusia central.

Debemos citar un producto que aumenta el comercio de las pesquerías: hablamos de la cola de pescado, hecha con las vegigas y las *vesigas*.

Estas pesquerías roban anualmente al rio una asombrosa cantidad de pescado, como lo demuestran las siguientes cifras: 43,000 esturiones; 650,000 sevriongas y 23,000 belongas.

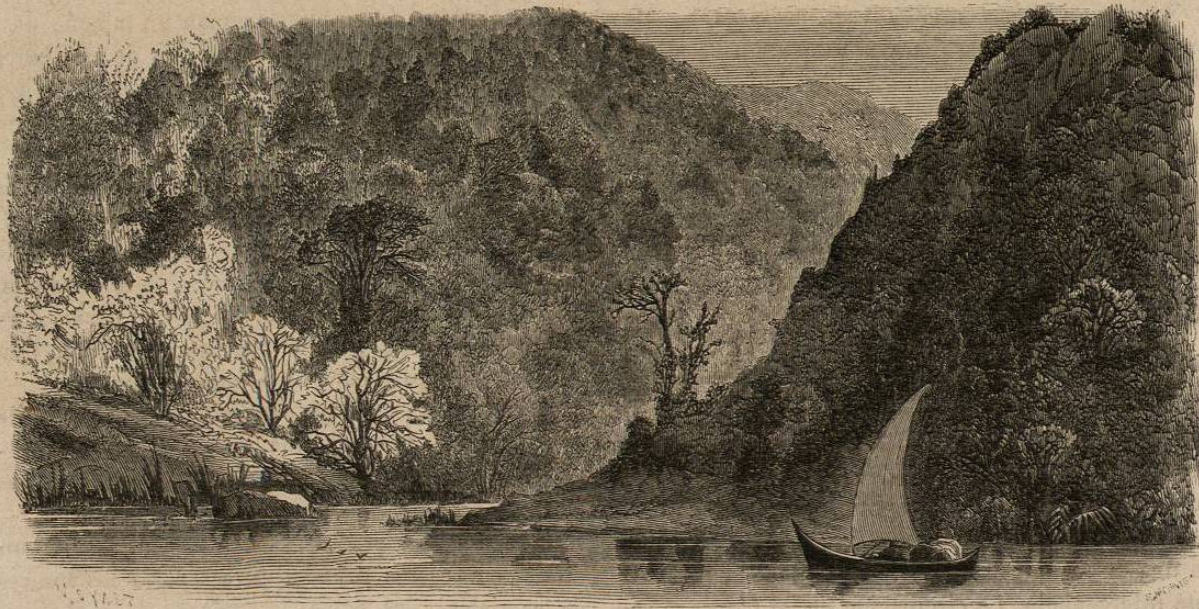
No es, por lo tanto, de estrañar que el producto de las pesquerías del Volga y del Ural haya servido de base á inmensas fortunas. He visto en Tiflis

un palacio digno de las *Mil y una noches*, construido por el arrendatario de una pesquería, que había allegado millones en pocos años.

No obstante, la pesca de invierno es sin duda alguna la mas curiosa y original. Llega un momento en que el pez se ve obligado por el frio á salir de los escondrijos del rio para refugiarse en aguas mas profundas: los pescadores estudian atentamente estos lugares. Además, hácia fines de noviembre, cuando el rio se cubre en parte de una delgada capa de hielo, los pescadores se adelantan con suma precau-

cion, uno á uno y casi arrastrándose, hasta los sitios en que la corriente impide al hielo adquirir mucho espesor; y con la cabeza envuelta en una tela de color oscuro, observan los movimientos del pez y los lugares en que permanece tranquilo, y se enteran de todo para utilizar estos datos en tiempo oportuno.

Cuando en diciembre la superficie del rio se congela durante la noche, se ve avanzar, antes que el calor del sol rompa los témpanos de hielo, á muchos intrépidos pescadores armados de los aparatos que vamos á describir, procurando coger, para formar



El Volga (orilla derecha).

idea de la pesca futura, algun pez, cuyos huevos se preparan en el acto.

Si el tiempo es favorable, no falta quien se aventure á procurarse algun sabroso pez para las fiestas de Navidad; pero pocas veces ocurre que en tal estacion el hielo sea bastante resistente para permitir una pesca fructuosa.

La pesca de invierno no empieza realmente sino en enero, cuando el hielo tiene mucho espesor y los trineos se deslizan sin peligro por el Volga. Nómbrase entonces un jefe á cuyo cargo corre la designacion del dia y de la hora, la concesión de los permisos y la inspeccion de los aparatos: ejerce, en una palabra, completa autoridad en todo lo concerniente á la pesca. Los dependientes tienen derecho á muchos permisos que luego venden, ó de que se aprovechan alquilando por su propia cuenta algunos trabajadores. Algunas veces, dos pescadores cuya pobreza no les permite obtener un permiso individual, obtie-

nen uno á escote, y trabajan en el mismo agujero. Los instrumentos de que se valen son muy rudimentarios: se reducen á unas largas varas armadas de un gancho de hierro, de palos cortos, igualmente provistos de anzuelos para coger el pez cuando se agita á la estremidad de la vara, y en fin, en azadones, palancas y palas para romper y alejar el hielo.

La víspera del dia en que se inaugura la pesca se ve acudir á las orillas del rio una inmensa concurrencia: los pescadores con sus auxiliares y sus familias; los mercaderes que acuden de todas partes, y que establecen una especie de feria, y los especuladores que van á comprar pescado. Todos llevan sus trineos y sus acémilas; todos acampan en las márgenes. La gente que grita, llama, y canta, produce un tumulto que ensordece; yagréganse á esto los ladridos de los perros y los relinchos de los caballos. Los trineos avanzan con mucho trabajo por en-

tre aquella barahunda. Bébase wodha con profusion, dispáranse al aire sendos escopetazos, y todos se reconocen y abrazan. Aquello es una verdadera fiesta; y á pesar de la fatiga y del rudo trabajo del dia siguiente, se pasa la noche en una bulliciosa franquichela.

No bien amanece, amontónanse en las orillas del pródigo Volga multitud de gente y multitud de animales de carga, esperando todos con ansiedad la señal del *ketmann* ó jefe, quien parece burlarse de la

general impaciencia, yendo, viniendo y ocupándose de todo menos de lo que en aquellos momentos interesa, hasta que al fin da la anhelada señal. Una masa compacta de cuerpos humanos se precipita entonces al rio; los caballos se encabritan, y los que acuden mas presurosos resbalan y caen, reinando un estrépito indescriptible, pero sobre el cual domina sin embargo, el vocabulario, no poco variado, dicho sea de paso, de los ternos y juramentos rusos. No siempre ocupa cada cual el lugar que ha escogido,



Campamento kalmuco.

pues en un suelo tan resbaladizo las reyertas suelen terminar pronto en estrepitosas caídas. Todos, no obstante, se colocan como mejor pueden, y entonces llegan los especuladores, cuyos dependientes levantan dentro del rio chozas de piel, y arreglan convenientemente los toneles destinados á las salazones. En las orillas hay muchas tiendas donde el pescado debe ser curado por medio del humo. Mientras se hacen estos preparativos, los pescadores atienden á los suyos. Practican en el hielo muchos agujeros de dos ó tres pies de diámetro, introducen en ellos sus varas, y el rio, que pocos momentos antes presentaba la bulliciosa escena ya descrita, corre á la sazón en medio del mas profundo reposo. Cada pescador, vara en mano, espera en silencio que el pez, agitado por el súbito rumor del rompimiento del hielo, tropiece en el inmóvil anzuelo. Cuando esto ocurre, levanta con toda la ligereza posible el instrumento, cuya acerada estremidad penetra en las

carnes del animal, si el golpe ha sido bien dirigido. De improviso, en medio del general silencio óyese una exclamacion de alegría. Un pescador atrae vigorosamente hácia sí la vara, cuyo mango se estremece entre sus manos; llega su auxiliar y mete uno de los ganchos ya mencionados en el cuerpo del animal, y tirando ambos á la vez, sacan del agua un gigantesco esturion que con gran trabajo arrastran sobre el hielo. Los especuladores acuden en el acto, bolsillo en mano y compran el pez, vivo todavía. Esto ocasiona prolijos regateos, que serian eternos si el pescador no desease vivamente volver á sus aparatos. Algunas veces se da un golpe en vago: lleno de esperanza y palpitándole el corazon, el pescador procura coger la presa que acaba de escaparse, ó bien pesca algun beluga de poco tiempo, ó un sábalo miserable, que arroja desdeñosamente á los perros en medio de las carcajadas de sus compañeros; no faltan atrevidos industriales que com-

pran algunas veces lo que el pescador puede sacar, antes que arroje al agua su anzuelo.

Poco á poco va animándose la faena; el hielo cruje bajo los pies de los pescadores; la sangre y los restos de los pescados cubren el suelo; enciéndese la sed del lucro, los compradores circulan en todas direcciones, recibiendo aquí ásperas negativas, y engañando allí á algún incauto vendedor. Causa admiración aquel bosque de varas, aquellos numerosos y animados grupos por entre los cuales se pasea el hetmann con el látigo en la mano, apaciguando las discordias con los irresistibles argumentos que aquel le suministra. De tiempo en tiempo ocurren inesperados incidentes: el hielo cruje y se rompe súbitamente, ó bien un paso falso ocasiona un chapuzón, en cuyo caso se pierde el puesto en que se trabaja y es forzoso buscar otro. Al llegar la noche cada cual abandona su respectivo agujero, y los pescados salados y espuestos al humo son conducidos por medio de carros. Los huevos de esturion y la ictiocola, encerrados en barriles, se esportan al extranjero, y el pescado se destina al consumo interior. Una vez concluido este trabajo, los pescadores se reúnen en grandes comilonas en las que el whisky y el wodka corren hasta el momento en que los convidados, completamente ébrios, se quedan dormidos, y no despiertan hasta la mañana siguiente, en que van á pescar á otra parte.

Al otro día partimos en el mismo vapor para subir por el Volga y llegar á Tumainkaia, residencia del príncipe Tumaine.

Seguimos á lo largo de un brazo del río, completamente solitario, donde encontramos muchas bandadas de pelícanos ocupados en pescar, y de los cuales nos separaban muchos islotes. No les asustó nuestra vista, porque estaban fuera del alcance de nuestras escopetas. Con el auxilio de los anteojos pudimos examinar á nuestro placer su modo de alimentarse. Habían colocado centinelas á su alrededor en los puntos elevados; y formando un gran semicírculo, se adelantaban hácia un banco de arena sacudiendo las alas para empujar á los peces hácia la orilla, que formaba un ligero declive; acercábanse luego unos á otros, haciendo exactamente lo mismo que los pescadores cuando arrastran la red llamada *barredera*. Pasamos y los perdimos de vista; pero es un hecho notorio que al terminar la pesca cada pelícano deposita concienzudamente en la arena los peces que ha almacenado en la bolsa que la naturaleza ha colocado en su largo pico; hecho esto, se verifica la distribución entre los asociados, de una manera tan escrupulosa, que ninguno de los fieles centinelas que durante el trabajo vigilaron por la seguridad de la compañía, queda olvidado en el reparto común.

Después de recorrer 25 verstas llegamos en la orilla izquierda, á un dilatado terreno, que, muy

diferente del vecino desierto, estaba cultivado y cubierto de árboles: era la propiedad del príncipe Tumaine. Un elegante edificio, amueblado á la europea, estaba preparado para recibirnos y recibir también á las personas que con nosotros habían venido de Astrakan. Aquel edificio no era la habitual mansión del príncipe, que siempre había vivido en su kubitka (tienda de campaña), y únicamente le servía para recibir á los extranjeros, y á los altos funcionarios ú oficiales rusos, con los cuales mantenía relaciones directas, como hetmann de los kalmucos.

Desde la gran emigración de estos, Rusia hace los mayores esfuerzos para retener á los individuos de dicha raza que han permanecido en su territorio, y para atraer á los que lo han abandonado, porque quisiera desembarazarse de los kirghis, ladrones infatigables. Los kalmukos, irreconciliables enemigos de los kirghis, pudieran prestarle tan buen servicio; y esta es la razón porque sus príncipes tienen altas graduaciones en el ejército ruso; el hijo del príncipe Tumaine era paje del emperador, y posteriormente fue su edecán.

Esta familia descende de los koschottes, una de las razas más ilustres y respetadas por las tribus del Asia Central, y cuya celebridad se remonta á los tiempos de las antiguas emigraciones. El padre del príncipe de quien hablamos, había recibido del gobierno ruso muchas condecoraciones y el empleo de coronel, por haber formado en 1812 entre sus vasallos y allegados un regimiento de caballería que condujo hasta París. A su regreso de esta expedición, y como un recuerdo de la civilización occidental, creyó que debía cambiar su tienda de jefe nómada por una vivienda permanente. Poseyendo un millón de hectáreas de tierra y una renta exorbitante, construyó con enormes gastos el palacio ya mencionado, en una isla del Volga; pero nunca le sirvió de domicilio. Durante su construcción, algunos ocultos pesares inclinaron repentinamente el ánimo del príncipe hácia las austeras prácticas de la religión de sus antepasados (el budismo), y retirado á un solitario aposento, pasó el resto de su vida en conferencias con los sacerdotes y en los ejercicios de la más rígida piedad. Después de vivir en el desierto y en los campos de batalla, como verdadero descendiente de Gengis y Atila, murió como digno discípulo de Cakia-Muni, en un recogimiento ascético.

El príncipe, su hijo, nos salió al encuentro, ostentando su uniforme de general y sus condecoraciones. Esta recepción solemne se dirigía, mas á los oficiales que nos acompañaban que á nosotros, puesto que inmediatamente después de una ceremonia religiosa de que luego hablaremos, le vimos volver vistiendo el traje kalmuco; y en verdad que ya no parecía el mismo hombre.

Entramos en un salón. El kalmuco que al parecer desempeñaba el oficio de maestro de ceremonias, nos condujo á una puerta de dos hojas, y nos hizo ver á la princesa Tumaine, sentada en un diván de poca altura, rodeada de sus damas de honor, que se mantenían inmóviles, y se mostraban, según pudimos comprender, muy satisfechas del efecto que en nosotros producían.

La princesa estaba ataviada con magnificencia y de un modo enteramente original; su traje se componía de muchos vestidos sobrepuestos; el de encima llegaba al suelo, estaba abierto por delante y dejaba ver el segundo, bordado de perlas y turquesas. Debajo de este vestido, abierto también, pero ajustado con broches de diamantes, lucía una camisa de cuello vuelto, como la de los hombres. Los cabellos de la princesa le caían por delante y por detrás hasta los pies en largas trenzas, envueltas en una funda de seda bordada: solo las solteras dejan al descubierto su cabellera. El peinado se componía de un gorao de tela dorada, que terminaba en un penacho encarnado de forma cuadrada, y cuya parte inferior, hendida por delante y detrás, se bajaba por un lado y se levantaba por otro.

La princesa era muy bella, aunque sus ojos, un tanto oblucos, como los de las chinas, y su nariz algo aplanada, descubrían desde luego el tipo de su raza. Después de la presentación asistimos á una ceremonia religiosa, especie de *Te-Deum* cantado en nuestro obsequio para atraer sobre nosotros las bendiciones del Dalai-Lama.

El príncipe se acercó á su esposa, y dándole la mano la acompañó hasta la puerta del palacio, donde la esperaba una elegante calesa para llevarla á la pagoda.

Las damas de honor, sentadas á cada lado, y que formando una especie de cuadro, se habían mantenido en una inmovilidad que nos llegó á hacer dudar de si estaban vivas, se levantaron al fin lentamente, todas á la vez, y siguieron á su señora, sin que ninguno de sus movimientos, ocultos por sus holgados trajes, pudiese hacerlas tomar por otra cosa que por unos autómatas perfectamente fabricados. Cuando todo el séquito estuvo reunido en el escalón del pórtico, la princesa subió á la calesa en compañía de su hermana y de un niño, hijo del primer matrimonio del príncipe.

Trajéronse entonces caballos completamente ensillados. La princesa hizo una señal á sus damas, las que saliendo de su inmovilidad, arreglaron con gran rapidez sus ostentosos trajes, y montando todas á la vez en sus respectivos caballos sin necesidad de estribos, pusieron aquellos al galope, prorumpiendo en gritos salvajes: medio de que se valían para expresar su satisfacción.

Después de diez minutos de carrera llegaron á un monumento cuya arquitectura nos pareció una mezcla de los estilos indio y chino. Era una pagoda, un templo exigido á la gloria de Dios, ó por mejor decir, de los diferentes dioses adorados por los kalmucos. Sakji (Cakia Muni), ó Buda, reverenciado por la secta de los Lamas, es la más conocida de estas divinidades y la que más culto recibe: su imagen se encuentra en casi todas las kubitkas ó tiendas.

No bien se abrió la puerta, oyóse en el templo un gran estruendo: ocasionábanlo muchos músicos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, de los cuales unos soplaban á mas no poder en unas trompetas que tenían desde 20 centímetros hasta 5 metros de longitud, mientras otros daban sendos golpes sobre unos tam-tams ó tambores, pendientes de la extremidad de un palo. Todo esto formaba una armonía harto desagradable, y especialmente las desmesuradas trompetas cuya estremidad era sostenida por unos auxiliares destinados al efecto, pues la fuerza de los músicos eran insuficientes para levantarlas.

El interior de la pagoda, compuesto de una nave y de dos lados bajos, hallábase adornado con multitud de imágenes de los dioses kalmucos, dibujados y bordados en unas banderas de seda de todos colores. Algunos de estos ídolos estaban esculpidos en bronce ó en madera dorada.

Una faja de alfombra negra cubría el suelo del centro de cada nave; y solo los sacerdotes tenían el derecho de pasar por encima de ella.

Un maestro de ceremonias ó bedel, vestido con un ropón encarnado y peinado de amarillo, nos señaló el puesto que cada uno de nosotros debía ocupar.

Los sacerdotes salmodiaban gravemente una oración.

La ceremonia duró un cuarto de hora; y una vez terminada, salimos de aquella misa estrepitosa, íntimamente convencidos de que si el personaje celeste á quienes tales preces se dirigen no las escucha, no podrá alegar por excusa que no las oye.

Yo fui uno de los últimos que salieron de la pagoda, porque me puse á sacar algunos dibujos de vestidos de los músicos y sacerdotes: vestidos enteramente mogoles. Entre los kalmucos, como en todas partes, el clero no se somete á los caprichos de la moda, pues la antigüedad de las tradiciones inspira respeto.

Dirigí una mirada al fondo del santuario, y ví una estatua sentada con las piernas cruzadas, y sosteniendo con más ó menos elegancia dos ó tres brazos á cada lado. Parecióme que estaba cubierta de perlas y otras alhajas; pero me retiré por discreción y no pude ver más. Creo que aquel ídolo era de origen indio; por lo que respecta á los demás que figuraban en la nave, tenían mucha semejanza con esas mons-